

La condición del hombre sin atributos es esencialmente predicativa, en una clara demostración de que la vida en ciertas ocasiones se decanta abiertamente hacia la imitación de la gramática.

El homúnculo aspira a un trono erigido con mayúsculas.

El *se* es más y menos que un ser: criatura seccionada, homúnculo, eunuco del Todo.

El hombre sin atributos aún podría degenerar: ahora abundan mucho más los atributos sin hombre.

Empatitis o síndrome de Zelig: afección inflamatoria de la empatía, producto de una sobredosis de identificación con los sentimientos del prójimo. En la fase terminal, desemboca en una absoluta despersonalización.

El hombre invisible se oculta en la transparencia.

Espíritus castrados, que pasan por la vida sin pene ni gloria.

La estupidez es el baluarte inexpugnable de los espíritus en tinieblas. Por eso es tan difícil de combatir: hay que sorprenderla al asalto, en plena noche sin luna.

La imperdonable propensión de los pobres a transformar las nociones elevadas, que hacen las delicias de los metafísicos, en la expresión de groseras necesidades elementales.

La inconsecuencia de aquellos que reivindican que les sea concedido graciosamente todo lo necesario, sin haberse atrevido jamás a luchar para conseguir lo imprescindible.

El gregarismo es el opio de los necios.

Lo peor no es convertirse en un rebelde sin causa, sino sin causa ni efecto.

Los pobres hacen gestiones, los ricos gestionan.

Afirma un refrán popular: «La mano que da siempre está por encima de la que recibe». Sin duda, esta observación constituye el argumento definitivo contra la misericordia como expresión consagrada de la desigualdad social.

Los notables se complacen, muy humanamente, en errar en compañía de sus subordinados para permitirse después el lujo de divinizarse, otorgándoles el perdón.

A diferencia de las clases subalternas, los miembros de las clases dominantes suelen exhibir una conciencia insultante de sus derechos, así como una tendencia inveterada a confundirlos con los privilegios.

El vínculo entre *épica* e *hípica* va mucho más allá de la semejanza fonética. Para comprobarlo, tan solo hay que prestar atención a las catastróficas repercusiones que la relegación del caballo como instrumento de batalla y su substitución por ingenios mecánicos, como el tanque, han tenido en el declive de la caballerescas ética aristocrática, poniendo al mismo tiempo de manifiesto la profunda simbiosis que ésta mantenía con la crianza y adiestramiento del animal que le servía de pedestal. En otras palabras: más allá de la tesis histórica que explica la muerte de la caballería a partir de la generalización de las armas de fuego, no habría que desestimar —hay demasiadas evidencias en contra— la supervivencia hasta la Primera Guerra Mundial de un *esprit de corps* genuinamente caballeresco, que convirtió una

manera obsoleta de hacer la guerra en un signo de distinción y de valor, y como tal fue vivido por sus adeptos. Al fin y al cabo, se trataba de marcar una barrera social en el seno de unos ejércitos progresivamente masificados, y la crianza y la posesión del caballo, así como el dominio de la equitación, se convirtieron en los signos más visibles de la diferencia de rango entre aristócratas y plebeyos, que la mecanización alteró de forma radical, hasta el punto que lo único que quedó de ella fue la fusta que simbólicamente continuaron portando muchos oficiales.

Damocles —¿quién conoce un nombre tan afilado para un maestro de armas?

No hay ningún uniforme que no sea al mismo tiempo una armadura.

A la mariposa le queda grande la armadura, y se pasa la vida haciéndole cosquillas en el estómago.

La aristocracia antepone siempre la genealogía a la ideología. Nietzsche sabía, pues, lo que se hacía cuando situó su pensamiento aristocrático bajo un prisma genealógico.

«Nobleza obliga», según dicen, pero nadie aclara a qué. Ello induce a sospechar que el dicho se refiere a una actitud genérica de carácter meramente ostentatorio, susceptible de encarnarse en cualquier nadería, siempre y cuando ésta sirva para marcar distancias con el común de los mortales.

No hay que hacerse ilusiones: una de las pocas ventajas de cursar estudios superiores es la posibilidad de asesinar al prójimo en nombre de las causas más elevadas.

El día que los pedestales se pongan de pie, las estatuas tendrán problemas de equilibrio.

Se puede discutir si la violencia resulta alguna vez legítima, pero no hay duda de que con mucha frecuencia se convierte en legitimadora, ya que constituye, se quiera o no, una de las vías inevitables para la transformación de la realidad.

Es necesario resistirse para realizarse, en el sentido literal de *llegar a ser real*.

Cada descubrimiento en la esfera del espíritu conlleva fatalmente su réplica en la esfera de la destrucción.

El lujo, en su grado supremo, se mide siempre en destrucción.

Senderos empedrados de ojos con los párpados abiertos, que contemplan dolorosamente las suelas claveteadas de las botas del caminante.

Todos poseen —tal y como asegura Hobbes— la capacidad de asesinar al prójimo. Pero no todos poseen la capacidad de asesinar a los mismos prójimos. He aquí la gran desigualdad original.

Para el bárbaro la vida se convierte constantemente en una experiencia adámica.

También hay quien asesina por delicadeza, que no es lo mismo que asesinar delicadamente.

El poder se adhiere a la apoteosis del individualismo: ahora fabrica en serie ataúdes personalizados.

La silla eléctrica es, por supuesto, la reservada al invitado.

Dilapidar: malbaratar una lapidación.

El genocidio es el asesinato anónimo por antonomasia.

La contumacia de los culpables no debería, bajo ninguna excusa, cancelar las culpas, sino incrementarlas. La lógica más elemental así lo afirma, pero la monstruosa capacidad de olvido de las sociedades lo desmiente un día sí y otro también.

El genocida constituye la quintaesencia del hombre de honor: nadie como él se toma tan en serio la convicción de que la sangre que derrama contribuye a limpiar su propia sangre.

Aquiles y la tortura.

La belleza del verdugo envilecía el martirio de las víctimas.

Soñó que las esposas de los torturadores expiaban las monstruosidades cometidas por sus maridos devorando a sus propios hijos.

¡Ay del vencido, si le toca comprender con todo su cuerpo las razones del vencedor!

Ensartándolas en un alambre de púas —así pasa el rosario de las ofensas recibidas el hijo de puta.

El vencedor comprendió con horror que aún le quedaba la parte más terrible del combate: vencerse a sí mismo.

En última instancia, toda represión se lleva siempre a cabo en nombre de alguna versión *ad hoc* de la naturaleza.

Nada tan efectivo como la interiorización de las prohibiciones para transformar a las víctimas de la represión en satisfechos victimarios de sí mismos y de los demás.

No es casualidad que aquellos a quienes nada se les perdona sean siempre los mismos a quienes se exige que lo perdonen todo.

El iusnaturalismo puede ser definido como la doctrina jurídica que cancela el derecho en nombre de una ley previa a cualquier derecho.

Las leyes del código penal proporcionan una medida precisa de la libertad que se permite una sociedad; la ley natural, de la que adjudica al reino de la necesidad.

La perversión de la ley como estrategia para naturalizar la ley.

Escribe Joseph Joubert (y no sin razón) que «los pueblos libres son aquellos que tienen la facultad de deshacerse de sus leyes cuando les desagradan». Juzgada según este patrón, la Constitución Española se nos revela plenamente como lo que es: una de las más pomposas expresiones del Inmovilismo.

Los notables españoles no cesan de apelar al Estado de Derecho, para que nadie olvide su derecho privativo sobre el Estado.

Un país donde los justos abominan constantemente de la Justicia.

Pocas cosas aluden de manera tan directa a la esencia del derecho como la expresión «¡no hay derecho!».

Allá donde escasea la honestidad escasea también el agradecimiento.